

el BAÚL de IDA Y VUELTA

PROYECTO DE ESCRITURA
COLABORATIVA
INTERGENERACIONAL



MADRID

Distrito
Retiro





ÍNDICE



1. UN DÍA EN EL PARQUE
2. EL CALOR DE ESTAR JUNTAS
3. EL DELICADO EQUILIBRIO QUE HAY QUE CUIDAR
4. EL MEJOR CUMPLEAÑOS
5. EL MUNDO EN UN BOLSILLO
6. EL ORGULLO DEL TRABAJO BIEN REALIZADO
7. EL TESORO DE LOS LIBROS
8. IDA Y LAS GAFAS MÁGICAS
9. LA IGUALDAD
10. LA TARDE DE LA TORMENTA
11. EL REGALO DE CUIDAR

UN DÍA EN EL PARQUE

VICENTE DE LAS HERAS Y PILAR DÍAZ

Era una mañana radiante de primavera. Ida y la abuela Vuelta se habían levantado temprano, habían desayunado juntas y salieron al parque con el sol recién salido.

Cuando llegaron, Ida vio la tirolina y salió disparada. «¡Espera!», llamó Vuelta. Pero Ida ya estaba arriba, emocionadísima, y antes de que el monitor pudiera explicarle nada se lanzó sin sujetarse bien y se quedó colgando en el aire. «¡Auxilio!»

El monitor y Vuelta corrieron a ayudarla. La bajaron sana y salva. Ida tenía las mejillas coloradas y los ojos un poco brillantes.

El monitor se arrodilló a su altura. «¿Quieres intentarlo de nuevo?» Ida asintió despacio. «Entonces escúchame bien.» Y le explicó paso a paso cómo sujetarse, cómo colocarse, cuándo soltarse. Ida escuchó sin moverse, sin interrumpir, con los ojos muy fijos en el monitor.

«¿Lo has entendido todo?»

«Sí», dijo Ida.

«Pues arriba.»

Esta vez Ida subió despacio, se sujetó bien, respiró, y se lanzó. El viento le revolvió el pelo y un grito enorme le salió del pecho, pero esta vez era un grito de alegría. Cuando llegó al otro lado estaba temblando de emoción. «¡Abuela! ¡Abuela, lo he conseguido!»

Vuelta aplaudía desde abajo con una sonrisa enorme.

De camino a casa, Ida iba callada pero contenta. Vuelta le cogió la mano y no dijo nada.

Al llegar, Vuelta abrió el baúl y sacó una hoja de papel y un dibujo antiguo, muy doblado y amarillento, con instrucciones dibujadas a mano. «Vamos a hacer una tortuga», dijo.

«¿Una tortuga de papel? ¿Para qué?»

«Ya verás. Ven.»

Se sentaron juntas en la mesa. Vuelta puso la hoja delante de Ida. «Primero la doblamos por la mitad, así.»

Ida lo hizo rápido y mal. «Ya está.»

«No está», dijo Vuelta con calma. «Mira, las esquinas no coinciden. Hay que deshacer y repetir.»

Ida resopló. «Ay, abuela, si da igual...»

«No da igual. Dobla despacio.»

Ida volvió a doblar, esta vez con más cuidado. «¿Así?»

«Así. Ahora este pliegue hacia dentro.»

«¿Este? Abuela, no entiendo para qué sirve este doblez, si total...»

«Sírvelo y ya verás.»

Ida obedeció, aunque poniendo cara de no entender nada. Doblez a doblez, pliegue a pliegue, Vuelta iba guiando y la niña iba siguiendo, unas veces con paciencia y otras resoplando.

«¿Falta mucho?» «¿Este para qué es?» «Ay, es que no sale.»

Y entonces, en el último doblez, algo encajó. La hoja de papel se convirtió en una tortuga pequeña y perfecta, con el caparazón marcado y las patitas bien definidas.

Ida la miró con los ojos muy abiertos. «Oh.»

«¿Ves?», dijo Vuelta. «Cada doblez parecía que no servía para nada. Pero todos tenían su motivo. Si te hubieras saltado uno, la tortuga no habría salido.»

Ida miró la tortuga. Luego miró a su abuela. «Como yo en la tirolina.»

«Como tú en la tirolina», asintió Vuelta. «El monitor quería explicarte los pasos. Cada paso tenía su motivo. Si los hubieras escuchado desde el principio, habrías disfrutado antes.»

***Paso a paso, doblez a doblez,
las cosas bien hechas salen de una vez.***

Ida apretó la tortuga en la mano. «Me la quedo.»

«Es tuya», sonrió Vuelta.



EL CALOR DE ESTAR JUNTAS

MERCEDES CARRIEL

Era la noche de Nochebuena en casa de la abuela Vuelta. Fuera hacía frío y el viento soplaba entre los árboles, pero dentro la chimenea crepitaba y olía a canela y a mandarina.

Ida estaba sentada en el suelo rodeada de papel de regalo, tijeras y cinta adhesiva. Tenía la lengua fuera de la concentración.

Quería envolver el regalo de Vuelta ella sola, sin ayuda. Pero el papel se le rompía, la cinta se le pegaba en los dedos, y el paquete quedaba cada vez más torcido.

«No sirvo para nada», murmuró Ida. «No tengo dinero para comprar algo bonito y encima no sé ni envolverlo.»

Vuelta, que tejía junto a la chimenea, la miró un momento. Dejó el tejido, se levantó despacio y fue al baúl. Buscó con calma y sacó una caja pequeña y plana, envuelta en un papel muy antiguo, con un lazo descolorido. «Mira lo que guardo aquí», dijo sentándose a su lado.

«¿Qué es?»

«El primer regalo que me hizo mi madre. Tenía seis años, como tú. ¿Ves el papel? Está arrugado, el lazo está torcido y se ve que lo hizo con mucho esfuerzo y poca maña.» Vuelta lo acarició despacio. «Y sin embargo es el regalo más bonito que he recibido en mi vida.»

Ida lo miró. «¿Por qué?»

«Porque cuando lo abrí, vi todo el amor que había dentro. No el papel. No el lazo. El amor.»

***Arrugado el papel, torcido el lazo,
lo más bonito cabe en un abrazo.***

Ida miró su propio paquete torcido. Luego miró a Vuelta. Se levantó, le dio el regalo con las dos manos y se quedó esperando, muy seria.

Vuelta lo abrió despacio, doblando el papel con cuidado. Dentro había un dibujo que Ida había hecho: las dos juntas, de la mano, delante de la chimenea. Pequeño, con los colores un poco salidos de la raya, pero inconfundible.

Vuelta la abrazó sin decir nada.

Y eso fue suficiente para sentir el calor de estar juntas.

«Es tuya», sonrió Vuelta.

EL DELICADO EQUILIBRIO QUE HAY QUE CUIDAR

LOLI NIETO

Era una mañana tranquila de agosto en el pueblo de la abuela Vuelta. El sol calentaba despacio, las hojas de los árboles se mecían con una brisa suave, y algún pajarillo cantaba sin prisa desde el tejado. Vuelta estaba sentada en el porche con una taza de café recién hecho y su libro favorito. Qué momento tan bueno.

De repente... ¡CATAPLÁN! Apareció Ida por el jardín con los brazos llenos de todo lo que había encontrado por el camino: moras, una ciruela, una zanahoria, algo que parecía una manzana y varias cosas que no estaba muy claro qué eran.

«¡Abuela Vuelta, abuela Vuelta! Quiero que hagamos el pastel de fresas, y los bollitos de mora, y el yogur con arándanos, y también aquellos bizcochos que hicimos el verano pasado, y...»

Vuelta cerró el libro despacio y la miró con una sonrisa. «Qué maravilla, Ida. Claro que sí. Pero... a ver qué has traído.» Fue mirando una a una las cosas que Ida había amontonado en el suelo. «Con esto podríamos hacer un pastelito pequeño.»

«¡No, no, no! ¡Quiero hacer un montón de pasteles!»

«Entonces», dijo Vuelta levantándose, «necesitamos muchas más bayas. Y yo sé dónde encontrarlas.» Se dirigió al baúl, lo abrió, y sacó un cesto grande de mimbre, muy bien trenzado, con las asas pulidas por el uso. «Este cesto lo hice yo de niña, con mis propias manos y con cañas del río. En él caben moras para hacer diez pasteles.»

A Ida se le iluminaron los ojos. Salieron las dos por el sendero, cerca del río, entre árboles y zarzas. Vuelta iba señalando y contando: «Estas moras negras son las más dulces. Esas flores blancas son manzanilla, que va muy bien cuando te duele la tripita. Y estas bayas rojas...»

Ida escuchaba con la boca abierta. «¡Abuela, no sabía que el campo estaba tan lleno de cosas ricas!»

De repente, algo saltó a los pies de Ida. «¡AHHH!»

Era un sapo. Pequeño, tranquilo, y con cara de no haber roto nunca nada.

«No te asustes», rió Vuelta. «Es el guardián de las bayas. Se come los bichitos que dañan las plantas, y gracias a él las moras crecen sanas y gordas para cuando nosotras venimos a buscarlas.»

***Mora, sapo, agua y flor,
cada uno cuida al otro con amor.***

Ida miró al sapo con otros ojos. Luego miró las moras, las flores, el río, los pájaros. Todo encajaba.

«El campo es como un equipo», dijo Vuelta. «El sapo, las plantas, el agua, los animales... cada uno hace su parte. Si cuidamos ese equilibrio, el campo nos seguirá dando moras. Y si no...»

«¡No podremos hacer pasteles!», dijo Ida muy seria.

«Exactamente», sonrió Vuelta.

Y volvieron a casa con el cesto tan lleno que casi no podían cargarlo entre las dos.



EL MEJOR CUMPLEAÑOS

GINA CAMPUZANO

Era una tarde de mayo en el parque de al lado de casa de la abuela Vuelta. El sol brillaba y el aire mecía las hojas de los árboles. Ida jugaba cerca cuando vio a un señor mayor de pie en el camino, con una bolsa en la mano y cara de no saber muy bien dónde estaba. Se le veía cansado y un poco asustado.

Ida se acercó despacio. «Hola, señor. ¿Está bien?»

El señor la miró. «No sé... no recuerdo muy bien por dónde tengo que ir.»

Ida se giró corriendo hacia su abuela. «Abuela, abuela, este señor está perdido. ¿Qué hacemos?»

Vuelta se acercó con calma y le sonrió. «No se preocupe. Aquí cerca está mi casa. Venga con nosotras, que le invitamos a un café mientras pensamos cómo ayudarlo.»

El señor asintió aliviado y les siguió despacio, con su bolsa en la mano.

En casa, Vuelta puso el café e Ida sacó unas galletas. El señor se fue calmando poco a poco, sentado en el sofá con la taza caliente entre las manos. «Me llamo Simón», dijo por fin.

«Encantadas, Simón», dijo Vuelta. «¿Recuerda dónde vive?»

Simón frunció el ceño. «No... no me acuerdo bien.» Miró la bolsa que llevaba. «Sé que salí a comprar algo importante, pero...»

Ida miró la bolsa. «¿Puedo ver qué hay dentro?»

Simón asintió. Ida fue sacando las cosas una a una: harina, huevos, nata, fresas, velas de colores...

«Simón», dijo Ida muy seria, «esto son los ingredientes de un pastel.»

Simón la miró. Y de repente algo se iluminó en sus ojos. «¡Es verdad! ¡Hoy es mi cumpleaños! Salí a comprar las cosas para hacer la tarta y me perdí por el camino.»

«¿Y tiene usted familia que le esté buscando?» preguntó Vuelta.

Simón rebuscó en sus bolsillos. Había varios papeles y tarjetas, pero la letra era muy pequeña. «No veo bien sin mis gafas.»

«Espera», dijo Ida. Fue con Vuelta al baúl y rebuscaron juntas hasta encontrar una lupa antigua con mango de madera. «Con esto se ve todo.»

***Una lupa pequeña, un gran corazón,
juntos encontramos siempre la solución.***

Ida fue mirando papel por papel hasta encontrar un número de teléfono. Llamaron. Una voz de mujer respondió enseguida, con el susto en la garganta. «¿Papá? ¡Llevo horas buscándote!»

«Está aquí con nosotras, sano y salvo», dijo Vuelta. «Venga cuando quiera.»

Cuando llegó la hija de Simón, Ida ya tenía la harina encima de la mesa. «¿Hacemos el pastel aquí?» preguntó con los ojos brillantes.

La hija los miró a todos y se rió. «¿Por qué no?»

Hicieron el pastel entre todos. Ida acabó enharinada de la cabeza a los pies. Simón batió los huevos con mucho cuidado. Vuelta puso las fresas encima con arte. Y cuando llegó el momento de soplar las velas, Simón estaba rodeado de personas que unas horas antes no conocía, pero que ya sentía cercanas.

«Qué bonito es encontrarse con personas buenas cuando más las necesitas», dijo la hija mientras recogían los platos.

Simón miró a Ida y a Vuelta. «Este ha sido el mejor cumpleaños de mi vida.»



EL MUNDO EN UN BOLSILLO

PILAR SOBRINO

Era una tarde de otoño en casa de la abuela Vuelta. Ida llegó del colegio dando un portazo de emoción y dejando la mochila en mitad del pasillo.

«¡Abuela, abuela! Hoy en el cole me han enseñado un móvil. ¡Es una cosa increíble! Me han dejado cogerlo y lo he entendido todo enseguida. Se me da genial.»

Vuelta la miró con una sonrisa. «¿Un móvil?»

«Sí, un rectángulo así de grande», dijo Ida abriendo las manos, «y dentro tiene todo. Todo todo todo. Fotos, vídeos, juegos, música... ¡todo el mundo está ahí dentro! ¿Tú tienes uno, abuela?»

Vuelta se quedó pensando un momento. «Creo que sí. Ven.»

Las dos fueron juntas al baúl. Vuelta lo abrió y rebuscó entre bufandas, libretas y cajas pequeñas hasta que encontró en el fondo un teléfono móvil, guardado en una bolsita de tela. Lo

sacó y lo miró como si fuera un objeto misterioso. «Me lo regalaron hace tiempo. Nunca le he pillado el truco.»

Ida lo cogió con los ojos brillantes. Lo encendió de un toque. «¡Funciona! Abuela, ¿quieres que te enseñe?»

«Yo quería preguntarte», dijo Vuelta, «me salió una vez un mensaje en la pantalla que no entendí y lo cerré. ¿Puedes enseñarme qué era?»

«¡Claro!» Ida empezó a pasar pantallas a toda velocidad, tocando botones sin parar. «Mira abuela, esto es así, y esto así, y esto no hace falta leerlo, y esto tampoco, y aquí hay que darle rápido...»

«Espera», dijo Vuelta. «¿Por qué no hay que leer esto?»

«Porque es muy largo y da igual.»

«¿Y si no da igual?»

Ida frunció el ceño. «Abuela, así se tarda muchísimo.»

«A ver.» Vuelta cogió el móvil despacio y empezó a leer el mensaje con calma. «Mira, aquí dice que si le das a este botón sin leer, le estás dando permiso a alguien para ver todo lo que haces. ¿Eso te parece que da igual?»

Ida abrió la boca. La cerró. «Ah.»

«El móvil es muy útil», dijo Vuelta, «pero hay que usarlo con los ojos abiertos. Tú sabes manejarlo muy bien. Yo sé leer lo que esconde. Juntas lo hacemos mejor.»

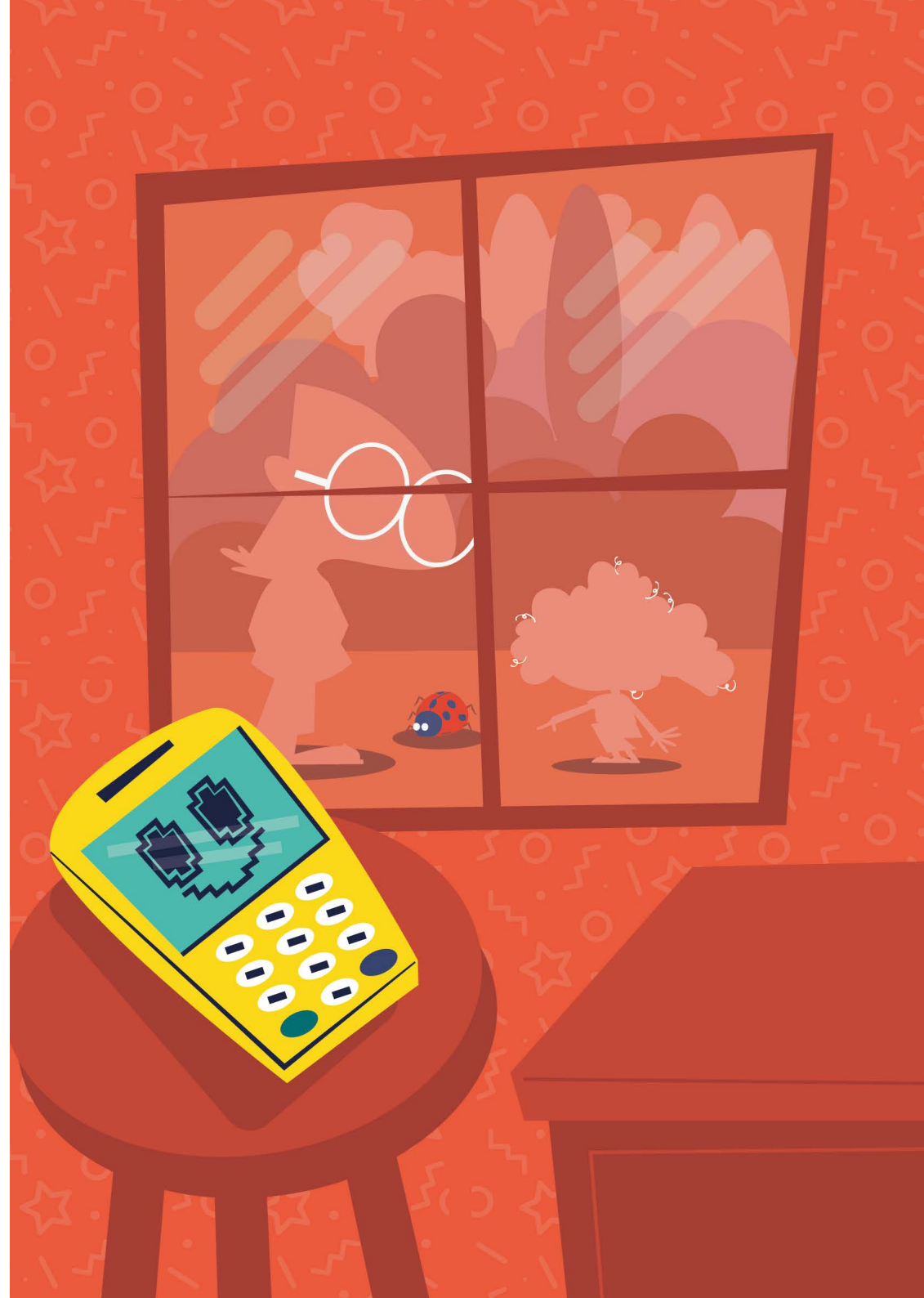
Y así estuvieron un buen rato: Ida enseñando a Vuelta cómo navegar, y Vuelta enseñando a Ida a parar, leer y pensar antes de tocar.

***Teclea despacio, lee antes de tocar,
un adulto a tu lado te ayuda a navegar.***

De pronto, buscando juntas, encontraron una página llena de fotos de bichos: escarabajos de colores, mariposas enormes, hormigas que construían puentes, luciérnagas que brillaban en la oscuridad. «¡Abuela, mira este!» «¡Y este!» «¡Hay algunos que viven justo aquí, en esta zona!»

Vuelta miró por la ventana. Todavía había luz. «¿Sabes qué? Guardemos el móvil y vamos a ver si encontramos alguno de verdad.»

Ida dejó el móvil encima de la mesa sin dudarlo. Cogió una cajita pequeña de cartón «para guardar los que encontremos» y salieron las dos al jardín, con los ojos muy abiertos y pisando despacio.



EL ORGULLO DEL TRABAJO BIEN REALIZADO

JULIO MÁRQUEZ

Era una mañana soleada de primavera en la casa de campo de Vuelta. El viento traía el olor dulce de las flores del jardín, y la abuela descansaba en su mecedora del portal, recordando los juegos de su niñez.

De pronto apareció Ida por el camino, volviendo del colegio. Llevaba algo entre las manos y tenía los ojos casi llorosos. Era un nido hecho de paja, pequeño y perfecto. «Lo encontré en el suelo, abuela. Estaban podando los árboles de la plaza y ha caído.»

Vuelta la tomó de la mano y se sentaron juntas en el sofá. Examinaron el nido con cuidado: la paja trenzada con mimo, la forma redonda y acogedora. «Una familia de pájaros vivió aquí», dijo Vuelta. «El papá y la mamá lo construyeron juntos, pusieron los huevos, los cuidaron con calor... y sus polluelos aprendieron a volar desde aquí.»

Ida lo miró con otros ojos. «¿Y ahora dónde vivirán?»

Vuelta se levantó y abrió el baúl. Buscó y rebuscó hasta sacar un martillo, unos clavos y unos trozos de madera. Los puso delante de Ida con una sonrisa.

*Madera, clavo y corazón,
construimos un nuevo hogar con amor.*

«¡Una casita para pájaros!», gritó Ida dando un salto. Trabajaron juntas toda la tarde: juntaron las tablas, clavaron, midieron, rieron. Al final colocaron la casita en un poste del jardín y se quedaron las dos mirándola, muy juntas y muy contentas.

«Cuando trabajamos con cariño», dijo Vuelta, «lo que hacemos dura y sirve de verdad.»



EL TESORO DE LOS LIBROS

ÁNGELES MONREAL

Era un día gris y ventoso en casa de la abuela Vuelta. La lluvia repiqueteaba en los cristales y desde la calle subía un olor fresco a hierba mojada. Ida tenía la carita pegada a la ventana, mirando caer las gotas.

«Abuela», dijo con un suspiro enorme, «no podemos salir al parque. Ni subir al tobogán. Ni buscar bichitos.»

Vuelta se acercó, miró el cielo encapotado y asintió. «No. Pero tenemos el baúl. Algo encontraremos.»

Las dos corrieron a la habitación. Vuelta abrió la tapa del baúl, que hizo un pequeño chirrido, y rebuscó dentro con cuidado. Sacó telas, un sombrero, una linterna... y entonces apareció: un libro grande y grueso, con las tapas de color verde oscuro y el lomo gastado de tanto abrirlo.

Ida lo miró con cara de desilusión. «¿Un libro?»

«Un libro», dijo Vuelta, muy seria. «El mejor tesoro que existe.»

«Pero abuela, con un libro no puedes hacer nada.»

Vuelta se sentó en el sofá, abrió el libro en la primera página y dio una palmadita en el cojín de al lado. «Siéntate y te demuestro que estás equivocada.»

Ida se sentó, no muy convencida.

«Con un libro», dijo Vuelta, «puedes viajar sin coger el tren. Puedes navegar sin barco. Puedes volar sin ser un pájaro. Puedes conocer a personas que vivieron hace mil años y visitar lugares que no existen en ningún mapa.»

***Un libro es una ventana hacia cualquier lugar,
ábrelo con cuidado y empieza a viajar.***

Ida miró el libro con otros ojos. «¿Y éste adónde nos lleva?»

«Ábrelo y lo descubrimos juntas.»

Ida pasó la primera página despacio. Y luego otra. Y otra. Vuelta leía en voz alta e Ida escuchaba con la boca un poco abierta, sin acordarse ya de la lluvia ni del tobogán ni de los bichitos.

Cuando terminaron el primer capítulo, Ida levantó la vista. «Abuela, ¿existen sitios donde haya muchísimos libros así?»

«Se llaman bibliotecas», dijo Vuelta. «Son como bosques, pero de libros. Se habla bajito, se respeta a los demás, y puedes coger

cualquier libro y viajar a donde quieras.»

«¿Me llevas un día?»

«Te lo prometo.»

Ida miró la ventana. Seguía lloviendo. «Abuela, ¿abrimos el segundo capítulo?»

Vuelta ya estaba pasando la página.



IDA Y LAS GAFAS MÁGICAS

NIEVES PEÑA

Era una tarde perezosa de verano en el jardín de la abuela Vuelta. El sol calentaba despacio y no corría ni una gota de aire. Ida estaba tumbada en el césped, boca arriba, mirando al cielo sin ver nada. Suspiraba. Se giraba hacia un lado. Suspiraba otra vez. Cogía una ramita y la soltaba. Suspiraba de nuevo.

Vuelta se acercó y se tumbó a su lado sin decir nada. Estuvo un momento mirando el cielo. Entonces señaló con el dedo. «Mira esa nube de ahí. ¿No ves un ratón?»

Ida frunció el ceño. «¿Dónde?»

«Ahí, ¿ves las orejitas? Y ésa de al lado es un gato enorme que lo persigue.»

Ida miró y miró. «Yo no lo veo, abuela. Solo veo nubes.»

Vuelta se levantó. «Ven conmigo.»

Las dos fueron juntas hasta el baúl. Vuelta lo abrió y empezó

a sacar cosas: una bufanda de lana de colores, un catalejo de madera, un sombrero de paja con flores... «Aquí estaba», dijo por fin, sacando del fondo unas gafas viejas, con los cristales rayados y la montura torcida. Las trajo al jardín y se las tendió a Ida. «Prueba con éstas.»

«¿Éstas?» Ida las miró con cara rara. «Pero si están estropeadas.» «Póntelas y mira al cielo.»

Ida se las puso. Volvieron las dos al césped y se tumbaron boca arriba. Ida miró. Frunció el ceño. Y entonces... «Espera. Abuela. Creo que... ¡sí! ¡Ahí está el ratón! ¡Y el gato detrás!» «¿Lo ves?»

«¡Sí! ¡Y esa de allá parece un león grandísimo! ¡Es el rey de las nubes!»

***Las nubes cambian, la imaginación vuela,
juntas inventamos la historia más bella.***

Y así estuvieron las dos, tumbadas en el césped, boca arriba, inventando historias con cada nube que pasaba. El gato persiguió al ratón, el león rugió sin hacer ruido, apareció un barco enorme que se fue deshaciendo hasta convertirse en un dragón, y el dragón se convirtió en un helado de fresa.

Cuando el cielo se quedó despejado, Ida se quitó las gafas y las miró. «¿Puedo guardarlas yo, abuela?»

Vuelta negó con la cabeza con una sonrisa. «No son las gafas,

Ida. Lo que has visto hoy no estaba en los cristales. Estaba aquí.»

Y le señaló la cabeza. «La imaginación siempre está dentro de ti. Y ése es el mejor juguete que tienes.»

Ida miró al cielo una vez más, sin las gafas. Y vio un conejo.



LA IGUALDAD

MARITZA VILLAPOL

Era una mañana soleada de primavera en casa de la abuela Vuelta. El aire olía a flores recién abiertas e Ida llevaba desde el desayuno dando saltitos de emoción. «¡Abuela, al parque, al parque!»

Vuelta se puso el abrigo con calma y sonrió. «Al parque.»

Cuando llegaron, el parque estaba lleno de niños corriendo, riendo y jugando. Ida vio los columpios y salió disparada. Pero antes de que pudiera subirse, un niño que se llamaba Juan se le puso delante con los brazos cruzados. «Las chicas no pueden usar los columpios. Las chicas van al rincón de lectura o ayudan a hacer galletas.»

Ida se quedó parada. Luego se dio la vuelta y fue corriendo hacia su abuela. «Abuela», dijo con voz apagada, «Juan dice que no puedo subirme porque soy una chica. ¿Por qué no puedo, abuela?»

Vuelta la miró un momento. Luego le tendió la mano. «Ven conmigo.»

Las dos se acercaron a Juan y a los demás niños que estaban alrededor. Vuelta se arrodilló para quedar a su altura y los miró a todos con una sonrisa tranquila. «¿Puedo preguntaros algo? ¿A quién le gusta el helado de chocolate?»

Varios niños levantaron la mano. Ida también.

«¿Y a quién le da miedo la oscuridad?»

Más manos, de niños y de niñas.

«¿Y a quién le gusta correr?»

Todas las manos.

Vuelta asintió despacio. «¿Veis? Hay muchas más cosas que os unen que cosas que os separan. Todos sentís, todos jugáis, todos aprendéis. Niños y niñas tenemos los mismos derechos: a jugar, a estudiar, a elegir. Nadie puede decirte lo que puedes o no puedes hacer por ser niño o por ser niña.»

Juan la escuchó con los ojos muy abiertos. Luego miró a Ida. «¿Quieres columpiarte?»

Ida miró a su abuela. Vuelta le guiñó un ojo.

«Sí», dijo Ida.

Y se subió al columpio. Y empujó con fuerza. Y llegó tan alto que por un momento pareció que tocaba las nubes.

Cuando volvieron a casa, las dos fueron juntas al baúl. Vuelta rebuscó despacio, con cuidado, hasta encontrar algo en el fondo envuelto en un trozo de tela: un lacito morado, pequeño y algo desgastado por el tiempo.

«Este lacito me lo dio mi abuela cuando yo era pequeña, como tú», dijo Vuelta. «Y me dijo lo mismo que yo te digo ahora: nadie puede decirte lo que puedes o no puedes hacer por ser niña. Porque todas las personas, niños y niñas, somos iguales por dentro.»

***Morado el lazo, fuerte el corazón,
todos y todas, la misma canción.***

Vuelta le ató el lacito en la muñeca a Ida con mucho cuidado. Ida lo miró un buen rato. Luego miró a su abuela.

«¿Lo guardaré yo ahora?»

«Ahora es tuyo», sonrió Vuelta. «Y algún día tú se lo darás a alguien que lo necesite.»



LA TARDE DE LA TORMENTA

CREACIÓN CONJUNTA

Era una tarde de junio en casa de la abuela Vuelta. El sol apretaba y los mosquitos zumbaban por todas partes. Ida estaba sentada en el porche, aburridísima, dándole vueltas a un palito sin saber qué hacer.

De repente, el cielo empezó a oscurecerse. Nubes negras y gordas se fueron amontonando, y entonces... ¡CRACK! Un relámpago cruzó el cielo, seguido de un trueno enorme. Ida pegó un bote y se metió corriendo dentro de casa. «¡Abuela Vuelta, abuela Vuelta, qué es ese ruido tan grande!»

Vuelta la recibió tranquila, con una sonrisa. «Ven, que tengo algo para ti.» Se dirigió al baúl, lo abrió, y sacó un reloj de arena pequeño y especial. Tenía pegadas tres etiquetas escritas a mano: muy lejos, lejos y cerca.

«Este reloj lo usaba yo cuando era niña y las tormentas me daban miedo», dijo Vuelta. «Con él aprendí a no asustarme. ¿Quieres aprender tú también?»

Ida asintió, todavía con los ojos muy abiertos.

«Cuando veas un relámpago, vuelcas el reloj y lo pones a correr. Cuando oigas el trueno, lo paras. Si la arena está arriba del todo, la tormenta está muy lejos. Si está a la mitad, está lejos. Y si casi no ha caído nada de arena...»

«¡Está cerca!», dijo Ida.

«Exacto. Porque el relámpago y el trueno son lo mismo, pero la luz llega antes que el sonido. Cuanto más tarda el trueno, más lejos está la tormenta.»

En ese momento, otro relámpago iluminó el cielo. «¡Ahora!», gritó Vuelta. Ida volcó el reloj con las dos manos. Esperaron. Esperaron. Y entonces llegó el trueno. ¡BRROOOMM! Ronco y lejano.

Ida miró el reloj. La arena estaba casi arriba del todo.

***Primero el relámpago, luego el tronido,
cuanto más tarde, más lejos ha sido.***

«¡Muy lejos!», gritó Ida dando un salto. Y así estuvieron las dos, asomadas a la ventana, volcando el reloj con cada relámpago y riendo con cada trueno. La tormenta pasó pronto, y el jardín quedó brillante y fresco, oliendo a tierra mojada.

«Las tormentas asustan», dijo Vuelta, «pero si las entiendes, dejan de dar miedo. Y además», añadió guiñando un ojo,

«limpian el aire y se llevan los mosquitos.»

Ida miró el jardín. Era verdad. Ni un mosquito.

«¿Podemos merendar fuera, abuela?»

Vuelta ya estaba preparando la bandeja.



EL REGALO DE CUIDAR

MANOLI VAQUERO

Era una mañana luminosa de verano en casa de la abuela Vuelta.

El sol entraba por las ventanas iluminando toda la cocina, y Vuelta ya había preparado un tazón de cacao con leche y unas tortitas con caramelo y nata. Ida se las comió con los ojos cerrados de lo ricas que estaban, le dio un beso de buenos días a su abuela y salió disparada al jardín.

Mientras Ida perseguía mariposas y libélulas entre las flores, Vuelta descansaba en su mecedora del porche. Todo estaba tranquilo. Los pájaros cantaban. El aire olía a verano.

De repente, Vuelta oyó un ruido pequeño. Miró al suelo y vio un pajarito caído, con una patita doblada. Luego miró hacia arriba y vio el nido vacío en el alero. «¡Ida, Ida, ven!»

Ida llegó corriendo. «¿Se ha caído del nido, abuela?»

«Sí», dijo Vuelta. «Y se ha lastimado. Vamos a ayudarla.»

Se dirigió al baúl, lo abrió, y sacó un pequeño botiquín de tela,

muy antiguo, con vendas finísimas y un ungüento especial. «Este botiquín lo he usado muchas veces», dijo Vuelta mientras curaba la patita de la golondrina con manos expertas. Luego cogió una escalera, subió al alero, y la devolvió a su nido con mucho cuidado.

Los papás golondrinas revolotearon alrededor, muy contentos. Cuidar es dar amor sin esperar nada, el regalo más bonito del mundo, y no cuesta nada.

«Las golondrinas vienen aquí todos los años», dijo Vuelta bajando la escalera. «Porque saben que aquí están seguras. Nosotras no rompemos sus nidos ni las asustamos.»

Ida las miró revolotear sobre la piscina, mojando las alitas en el agua y armando una algarabía de trinos. «¡Qué contentas están!»

«Es su manera de darnos las gracias», sonrió Vuelta. «Y además nos hacen un favor enorme: se comen los mosquitos. Las plantas, las flores, los pájaros... todo tiene su lugar. Si los cuidamos, ellos nos cuidan a nosotros.»

Ida se quedó mirando el nido un buen rato. Luego miró a su abuela. «¿Podemos poner agua fresca para que beban?»

Vuelta le tendió un cuenco. «Sabía que lo ibas a decir.»



“El Baúl de Ida y Vuelta” es un proyecto de escritura creativa colaborativa intergeneracional, desarrollado por Asociación Garaje y los Servicios Sociales de Distrito Retiro durante el curso 2025/2026. Un libro de cuentos pensado y escrito mano a mano por las mayores y los mayores del proyecto “Retiro Mes a Mes” y las niñas y los niños del proyecto de intervención comunitaria “Las Latas”.

Once cuentos que relatan las aventuras vividas por la niña Ida y la abuela Vuelta en una relación simbiótica llena de aprendizajes impregnados de amor y respeto.

